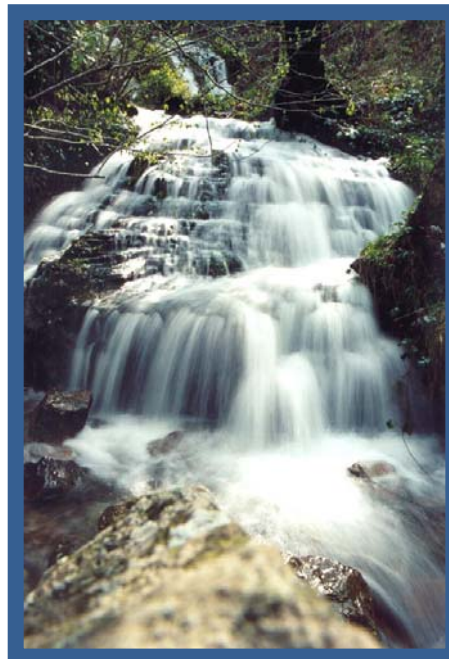


Cierto domingo, para variar, Aliena leyó a Jack la Historia de Alejandro. A diferencia de los poemas que él recitaba, los cuales trataban siempre sobre intrigas cortesanas, políticas, encarcelamiento y muertes repentinas en batallas, el de Aliena sólo se refería a asuntos amorosos y a magia. A Jack le atrajeron sobremanera aquellos nuevos elementos en las historias, y al domingo siguiente se embarcó en un poema nuevo, fruto de su propia imaginación.

Era un día caluroso de finales de agosto. Aliena calzaba sandalias y lucía un ligero vestido de lino. El bosque estaba muy quieto y silencioso, salvo por el rumor de la cascada y las modulaciones de la voz de Jack. La historia comenzó, de modo convencional, con la descripción de un valeroso caballero, alto y fuerte, poderoso en el campo de batalla y armado con una espada mágica. Le habían asignado una tarea difícil, la de viajar hasta un lejano país oriental y llevar consigo a su regreso una vid que daba rubíes. Pero pronto se desviaba del modelo habitual. El caballero moría y la historia se centraba en su escudero; un joven de diecisiete años, valiente y sin dinero, que estaba perdidamente enamorado, sin la menor esperanza, de la hija del rey, una princesa muy bella. El escudero juro llevar a cabo la tarea que había sido confiada a su señor, aun cuando era joven e inexperto, y sólo tenía un poni y un arco.



En vez de vencer el enemigo con el tremendo golpe de una espada mágica, como era lo usual en tales historias, el escudero libraba desesperadas batallas perdidas y sólo ganaba gracias a la suerte o por mi candidez, y solía escapar a la muerte por un pelo. A menudo le atemorizaban aquellos a quienes se enfrentaba, a diferencia de los valientes caballeros de Carlomagno, pero jamás retrocedía ante su misión. De cualquier forma, para su tarea, al igual que para su amor, no había esperanza.



Aliena se sintió más cautivadas por el denuedo del escudero de lo que lo había estado por el poderío de su señor. Se mordisqueaba con ansiedad los nudillos cuando el protagonista del poema cabalgaba por terreno enemigo, soltaba exclamaciones entrecortadas al escapar por milagro a la espada de un gigante y suspiraba cuando apoyaba la cabeza para dormir y soñar con la lejana princesa. Su amor por ella parecía irrevocablemente unido a su carácter indomable.

Al final, regresó con la vid que daba rubíes, asombrado a toda la corte.

- Pero al escudero le importaban poco- dijo Jack con expresión desdeñosa- todos aquellos barones y se deslizó hasta su habitación burlando a los guardias con un astuto ardid que había aprendido durante su viaje a

Oriente. Logró llegar la lecho de la princesa y contemplar el rostro de ésta. – Miró a Aliena a los ojos sintió temor. El escudero tendió el brazo y le cogió la mano con cariño.



Jack representó la historia y, cogiendo la mano de Aliena, la retuvo entre las suyas. La joven se sentía tan fascinada por la intensidad de su mirada y la fuerza del amor del escudero que apenas si se dio cuenta de que le tenía sujeta la mano.

- El escudero –prosiguió Jack- dijo a la princesa: “Te amo con todo mi corazón”. Y la besó en los labios.

Tras pronunciar estas palabras, Jack se inclinó y besó a Aliena. Sus labios la rozaron tan levemente que ella apenas se percató. Sucedió todo con suma rapidez y Jack reanudó al punto la historia:

- La princesa se quedó dormida –continuó.

¿Ha sucedido de veras?, se preguntaba entretanto Aliena; ¿me ha besado Jack? Apenas podía creerlo, pero todavía sentía el contacto de su boca sobre la de ella.

- Al día siguiente, el escudero preguntó al rey si podía casarse con la princesa como recompensa por haberle llevado la vida que daba rubies.

Aliena llegó a la conclusión de que Jack la había besado sin darse cuenta. Sólo formaba parte de la historia. Ni siquiera se ha enterado de lo que ha hecho. Será mejor que me olvide de ello, se dijo.

- El rey se negó. El escudero quedó con el corazón destrozado. Todos los cortesanos rieron. Aquel mismo día, el escudero abandonó el país a lomos de su poni. Pero juró que un día volvería y que ese día se casaría con la hermosa princesa. Jack calló y soltó la mano de Aliena.

-¿Y qué ocurrió entonces? – le preguntó ella.

- No lo sé –contestó Jack-. Todavía no lo he pensado.



Ken Follett, Los pilares de la Tierra

